

A nuestros lectores

El presente número de la revista *Signo y Pensamiento* está dedicado a reflexionar sobre algunas dimensiones del poder que son representadas, comunicadas e interiorizadas mediante el uso social del lenguaje. Cada uno de los artículos incluye aproximaciones a situaciones de violencia, conflictos sociales, crisis políticas y subjetividades urbanas que, a parte de su especificidad como consideraciones teóricas, informes de investigación y análisis de caso, revelan en conjunto una doble necesidad: primero, propiciar una reflexión sobre lo que significa el poder en sociedades atravesadas por la desigualdad, la marginación social y la concentración de la riqueza, también por demandas ciudadanas que tienen en la toma de la calle y en la realización de la protesta distintas formas de reivindicación y resignificación de la experiencia social, la justicia y la dignidad; y segundo, reubicar las territorialidades y agentes del poder actual en redes locales y globales de interacción que, como nos lo recuerdan Michael Hardt y Tony Negri, interpelan tácticas tradicionales de resistencia cultural y oposición política organizadas desde un “afuera” del sistema hegemónico de poder.

Reubicar las coordenadas del poder implica reconocer que asistimos a una expansión de la dominación y la hegemonía más allá de los asuntos de los gobiernos nacionales y de las fronteras del Estado-nación, instalándose en agentes, en corporaciones y redes informales de poder *ad hoc* de alcance regional, internacional y supranacional que dirigen, desde todas partes —y desde ninguna— la globalización. En este sentido, tendríamos un

poder difuso, fluido y de carácter transnacional que no sólo es de difícil ubicación ante los ojos del observador corriente, sino que se enfrenta y supera a los poderes territoriales, cada vez más incapaces de satisfacer soberanamente los problemas-mundo de la violencia, los conflictos armados, el tráfico de armas, el hambre, la justicia y la degradación ambiental del planeta, entre otros.

Así mismo, esto significa reconocer que las representaciones del poder nombran las múltiples formas en que los conflictos y las prácticas sociales son experimentadas por distintos sectores de la sociedad en sus intentos por alcanzar la visibilidad, el reconocimiento y la credibilidad que, como sabemos, son las luchas por la legitimidad. Un ejemplo de ello está en el acceso material y simbólico a los espacios públicos y privados de la existencia y en las formas duales de vivir la ciudad, con la calle a la cabeza, en las que, como diría Zygmunt Bauman, el poder se ha adueñado no sólo del miedo y la sospecha, sino también de la risa (ya no exclusiva de los márgenes). Un poder que también se hace presente en sectores sociales que, contrarios a las expectativas de atomización y fragmentación social, aún muestran acciones organizadas con proyectos de futuro. Nos referimos a aquella “política de los espacios” que designa un accionar estratégico de los actores sociales que intentan revertir y transformar las tentaciones panópticas del poder, pero no desde el escape y la elusión contestatarias, sino a partir de la construcción de identidades y formas de vida alternativas al código dominante y hegemónico.

Ahora bien, si cada vez más habitamos en sociedades que hacen de la crisis una forma de vida y asistimos a conflictos políticos, económicos y culturales que se entremezclan con los espacios cívicos de la vida cotidiana —invirtiéndose de este modo el sentido mismo de la normalidad—, entonces lo que cabría preguntar, como lo plantean algunos analistas sociales, es si la crisis se convierte en parte activa de la vida diaria al instalarse en ella no como un agente externo, o un acontecimiento disruptivo, sino como algo inherente a su funcionamiento. Si esto es así, y presenciamos sociedades en crisis como estado habitual, nos enfrentamos a la necesidad de un modelo de explicación del poder que trascienda las melancólicas fórmulas que plantean devolvernos a la “edad de oro” o recuperar la normalidad perdida, en nombre del miedo, la frustración y la impotencia.

Derivado de esto, tal vez se abriría ante nuestros ojos un nuevo espectro de posibilidades donde cada dimensión social (la economía, la política, el arte, la cultura, el entretenimiento, etc.) no actúe como una totalidad cerrada y desmovilizadora de la acción social, sino que, por el contrario, cuente con una mayor participación de otras esferas y agentes sociales para formular proyectos emancipadores de convivencia en los que sea posible la articulación de lugares para la expresión y el reconocimiento público del “otro”, de los múltiples otros, y para la institucionalización de arenas de tramitación de los conflictos, en cuanto espacios centrales de la reflexión democrática del poder.

Sin embargo, cabe aquí un cuestionamiento más profundo en relación con esas dinámicas de la risa y el miedo, la confrontación y el consenso, la resistencia y la seducción, que hacen que el entramado del poder sea una fuente constante de preguntas y un objeto inacabado para el análisis. ¿Es esta política de los espacios un ejemplo clave de la realización de proyectos, o es un síntoma de la carencia de éstos? ¿Se trata de la democratización de la esfera pública, o de una fragmentación no estructurada de los espacios de autonomía de la sociedad? Es a partir de preguntas como éstas y de sus múltiples entradas sobre los diversos contextos y entramados de poder como la comunicación en-

cuentra uno de sus filones más interesantes para leer nuestras sociedades en cuanto lugares de representación y reconocimiento de conflictos, de debate y escenificación de lo público.

En este panorama, las prácticas culturales y artísticas podrían entretenerse con estrategias transformadoras de la economía y la política, mientras que los medios de comunicación podrían igualmente generar expresiones creativas y alternativas (y no sólo reafirmadoras) del poder. Aquí el reto que éstos tienen es representar la alteridad de manera legítima; esto es, creando y no rompiendo los vínculos sociales, generando además otros modos de la representación del poder que hagan contrapeso a las lógicas formalizadas de la expresión y a las prácticas dominantes. Cuando determinados códigos culturales y grupos sociales no ven expresados sus derechos y obligaciones ciudadanas en los distintos ámbitos de la vida pública y no tienen tampoco acceso a los medios de comunicación para producir sus símbolos culturales y sus preferencias políticas acaban haciendo parte de una forma de exclusión cultural, que es también otra forma de marginación social.

En este sentido, las representaciones mediáticas del poder se enfrentan a una doble condición. Por un lado, los medios y agentes de la comunicación pueden actuar como aquellas empresas comerciales que construyen sus propias representaciones del orden social con base en intereses claramente determinados por las lógicas estandarizadas y estereotipadas del dinero y el poder, lo que termina por someter a los individuos y colectividades al sistema de comunicación vigente y dominante. Por otro lado, los sistemas de comunicación pueden fortalecer procesos que procuren la representación y el reconocimiento adecuados de los distintos sujetos, grupos, instituciones, códigos y discursos sociales en el espacio público, lo que, por cierto, significa tematizar las preocupaciones compartidas de la gente como asuntos públicos que interesan a la política, la economía y la cultura. Además esto lleva a habilitar la competencia y la expresión de puntos de vista diferentes, sin la amenaza de que las formas discursivas y los sujetos sociales más débiles sean eliminados o abocados al cierre ilegí-

timo de sus demandas por formas autoritarias o concentradoras de poder.

Valgan entonces estas reflexiones como un abrebocas a los artículos que componen el presente número de *Signo y Pensamiento*. La revista está organizada en dos grandes bloques temáticos, acompañados de tres sesiones con artículos individuales y una entrevista. Comienza con el artículo de Maritza Ceballos y Gabriel Alba, quienes hacen un recorrido histórico y teórico por la noción de *representación* hasta llegar al planteamiento de la crisis misma del concepto y su necesidad de ser renombrado y recategorizado.

El primer bloque temático de la revista lo inicia el artículo de Jesús Martín-Barbero, quien plantea la necesidad de pensar los conflictos sociales en América Latina desde las múltiples maneras en que éstos son experimentados por la sociedad, lo que incluye la impotencia y el retorno de lo reprimido, y también las luchas por el reconocimiento social y la vuelta a la calle como formas de expresión pública y reconstitución de lo simbólico. Le sigue el artículo de Yolanda Salas, en el que la autora propone un acercamiento a la crisis política de Venezuela a partir de las distintas formas de apropiación simbólica de las calles de Caracas. Por su parte, Ana María Ochoa plantea una reflexión sobre el papel del arte y la cultura en procesos sociales atravesados por dinámicas de violencia; la autora resalta algunas situaciones de la vida cotidiana en Colombia que adquieren forma a través del miedo, la sospecha y el terror.

La revista continúa con una entrevista a Armand Mattelart, realizada por el profesor brasileño Cesar Siqueira Bolaño y gentilmente enviada a este número de *Signo y Pensamiento*. Mattelart se refiere a la pertinencia de una agenda de investigación sobre la economía política de la comunicación y los estudios culturales que ofrezca respuestas innovadoras a los desafíos locales, regionales y globales de la llamada sociedad de la información. Le sigue a esta entrevista un artículo del profesor colombiano Ancízar Narvárez dedicado a las relaciones entre la esfera pública y los medios de comunicación. El autor sostiene que los medios de carácter

privado son hoy, más que un espacio compartido por diferentes sujetos, agentes dentro de la esfera pública que defienden intereses propios, lo que explica su unanimidad ideológica y política.

El segundo bloque temático de la revista lo inicia el investigador catalán Miquel Rodrigo. En su artículo propone un acercamiento a las representaciones mediáticas de la alteridad a partir de la problemática de la inmigración. Alicia Entel, por su parte, examina las representaciones de la guerra de Iraq en los medios de comunicación masiva en Argentina y plantea cómo estas configuraron una poética propia de la narrativa fílmica independiente, en la que el juego de las temporalidades, la sencillez de los escenarios y la compasión hacia los que sufren estuvo muy presente. La socióloga colombiana Alejandra Fierro nos muestra las formas de poder sexual y de construcción de identidad de género que están presentes en los contenidos del programa radial juvenil *El Gallo* de Radioactiva. Cierran este bloque María Laura Braga y Cristina Lago, quienes analizan el modo en que las agencias de noticias argentinas abordaron la protesta social protagonizada por los llamados piqueteros en algunas ciudades de ese país.

La revista termina con un artículo orientado a estudiar los planos y los mapas de ciudades como procesos de producción de sentido y construcción social de la realidad; esto es, como huellas de constitución de referentes de poder. En este trabajo, Alejandra García aborda la compleja articulación de los planos y los mapas con la construcción de los imaginarios e identidades colectivas de una ciudad como San Salvador de Jujuy en la Argentina.

Los editores